



EN PLENA

FORMA

CUENTOS PANAMEÑOS 2003-2017

Compilación, prólogo y notas de Enrique Jaramillo Levi

loqueleg

Prólogo

I

La creación literaria es mucho más que un simple ejercicio de escritura para tratar de vencer el tedio, poner a prueba el talento o complacer la curiosidad de otros; es más que contar historias de la mejor forma posible (en el cuento y la novela) o expresar ideas y sentimientos (en la poesía y el ensayo) que pretenden ser interesantes para la satisfacción de lectores ilustrados o novatos. En este sentido, la literatura debe ser considerada no solo una de las Bellas Artes, porque la presencia del factor estético es fundamental en la conceptualización y la materialización de su logro; precisa además de un componente fuertemente humanista, mediante el cual se busca auscultar de una manera u otra las complejas variantes de la condición humana y, de paso, dejar huella permanente en la idiosincrasia del lector sensible.

Lo primero que debemos entender, por ejemplo, en cuanto al cuento literario y la novela, es que estos géneros literarios no tienen por qué ser autobiográficos, aunque a menudo puedan serlo, al menos en parte, sobre todo cuando recién se empieza a escribir.

Es lógico: aligerar la memoria, juzgar lo acontecido, perfilar los sentimientos, suele ser lo primero que emerge al escribir un principiante. Y también ocurre en cierta medida con los escritores más experimentados. Pero en términos generales la creación literaria, siendo a veces un innegable ejercicio de catarsis, es fundamentalmente ficción, imaginación, creatividad, las cuales se combinan con la irrenunciable experiencia que subyace siempre, para así producir una nueva realidad.

8 Por otra parte, el cuento es un género narrativo breve, en el que un narrador (o varios) cuenta(n) una historia mediante la participación de personajes y la creación adecuada de situaciones y ambientes que, a través de una trama que se desarrolla de forma concentrada, llega usualmente a un desenlace. Sin embargo, hay muchas maneras mediante las cuales se puede romper o cuestionar este esquema para hacer más interesante al texto¹. En última instancia, cada escritor crea cuentos según su muy particular estilo y de acuerdo con una determinada intencionalidad, buscando producir ciertos efectos en la sensibilidad del lector.

II

Las letras de Panamá, como las de cualquier otro país, son un espejo artístico y, por supuesto, humano, de los componentes sociales, políticos, económicos y culturales que forman parte de la vida de sus ciudadanos, y de la vida misma en general. Tanto lo individual como lo colectivo nutren el material que incide en la creatividad de la escritura. Y no cabe duda de que el cuento es el

género literario que más y mejor ha sobresalido en el ejercicio de nuestra literatura a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI. Es cosa de revisar y analizar, panorámicamente y también en detalle, las evidencias.

En 1903 se publica en Buenos Aires el primer libro de cuentos de autor panameño: *Horas lejanas*, de Darío Herrera (1870-1914), una obra de gran solvencia literaria que recibe elogiosas críticas internacionales. Salomón Ponce Aguilera (1868-1945) y Ricardo Miró (1883-1940) también destacan en esa época como cuentistas fundacionales, aunque a este último se le conoce mucho más como el gran poeta nacional. Por otro lado, la figura de Rogelio Sinán (1902-1994) domina buena parte del siglo XX como insigne poeta, cuentista y novelista. Asimismo, José María Sánchez (1918-1973), José María Núñez Quintero (1894-1990), Manuel Ferrer Valdés (1914-1977) y Renato Ozores (1910-2001), entre otros, representan una generación de cuentistas sobresalientes, de los cuales este último fue el más prolífico.

Más adelante habrían de sobresalir Carlos Francisco Changmarín (1922-2012), Ernesto Endara (1932), Álvaro Menéndez Franco (1932), Eustorgio Chong Ruiz (1934), Enrique Chuez (1934), Justo Arroyo (1936), Moravia Ochoa López (1939), Pedro Rivera (1939), Bertalicia Peralta (1939), Dimas Lidio Pitty (1941-2015) y Enrique Jaramillo Levi (1944). Después se dan a conocer autores de muy diversas edades y formación profesional: Rosa María Britton (1936), Raúl Leis (1947-2011), Giovanna Benedetti (1949), Benjamín Ramón (1939),

Lupita Quirós Athanasiadis (1950), Rey Barría (1951), Consuelo Tomás F. (1957), Félix Armando Quirós Tejeira (1959), Allen Patiño (1959), Juan Antonio Gómez (1956), Claudio de Castro (1957), David C. Róbinson O. (1960), Herasto Reyes (1952-2005), Aida Judith González Castrellón (1962), Roelio Guerra Ávila (1963), Erika Harris (1963), Yolanda J. Hackshaw M. (1958), Eduardo Soto (1965), Carlos O. Wynter Melo (1971), Víctor Rodríguez Sagel (1949-2002), Melanie Taylor (1972), Isabel Herrera de Taylor (1944), Francisco J. Berguido (1969), Cáncer Ortega Santizo (1950-2007), Lili Mendoza (1974), Carlos Fong (1967), Roberto Pérez-Franco (1976), Klenya Morales (1975), A. Morales Cruz (1952), Rodolfo de Gracia R. (1969), Victoria Jiménez Vélez (1937), Alberto Cabredo (1956), Lisette Lanuza Sáenz (1984), Luigi Lescure (1968), Alondra Badano, Gonzalo Menéndez González (1960), Annabel Miguelena (1984), Basilio Dobras (1964), Lucy Cristina Chau (1971), Pedro Crenes Castro (1972), Julio Moreira Cabrera (1981), Javier Medina Bernal (1978), Sonia Ehlers (1949), Héctor M. Collado (1959), Enithzabel Castrellón Calvo (1975), Isabel Burgos (1970), Ana Lucía Herrera (1971), Dimitrios Gianareas (1967), Danae Brugiati Boussounis (1944), Eduardo Jaspe Lescure (1967), Cheri Lewis (1974) y Olga de Obaldía (1963), entre otros. Todos habrían de distinguirse con diversos grados de talento, formando parte de una sorprendente pléyade de nuevos autores². Hasta donde se sabe, todos los autores vivos siguen escribiendo en la actualidad.

Lo cierto es que a partir de la década de los noventa del siglo XX es cuando aparece un número impresionante de cuentistas que cultivan este género en Panamá con mayor o menor grado de merecimiento artístico e intelectual —algunos con libros propios publicados, otros formando parte de libros colectivos y otros más incluidos en antologías sobre noveles cuentistas panameños³, pero en general con poca atención de parte de una mayoría de personas que lamentablemente no lee obras literarias nacionales—. La razón es múltiple, pero en el fondo no deja de ser, sobre todo, un problema de deficiencia educativa y pobreza cultural, junto con una atrofiada sensibilidad artística de los no muy abundantes lectores que integran la población de cerca de cuatro millones de personas que hoy habitan en el Istmo.

11

Y no obstante, buena cantidad de escritores nacionales continúan, con muchas dificultades, produciendo poco a poco sus obras. Escriben a contracorriente, con diversos resultados, porque tienen que hacerlo —les nace—, porque está en sus genes y porque hacerlo los hace felices. No hay otra explicación. Y es suficiente. En cambio, “otros quinientos pesos” es el poder sortear los muchos escollos existentes para ver publicada cada tanto tiempo su esforzada producción literaria. Pese a todo, el resultado, hasta el momento, es un caudal considerable de cuentos de muy diversa calidad, entre los cuales, en esta antología, he procurado extraer algunos de los más memorables (a juicio del antologador, por supuesto; único responsable de la selección de textos realizada; y de la Editorial Santillana).

III

12

Es importante señalar que toda antología implica la aplicación de un punto de vista crítico ejercido sobre la es-cogencia rigurosa de lo mejor de algo. En el caso de las de índole literaria, sin duda entran en juego la formación, la sensibilidad y el gusto personal de quien antologa, factores que pueden diferir, por supuesto, de los de otros estudio-sos. En todo caso, lo esencial es ejercer depurados criterios de selección de materiales en concordancia con las caracte-rísticas expresadas por los textos, y no con la personalidad ni trayectoria de sus autores; y claro, actuar con genuina autenticidad, haciendo a un lado simpatías y antipatías.

En plena forma (Cuentos selectos panameños 2003-2017) pretende ser una antología representativa de un segmento significativo de la cuentística panameña de los últimos 14 años. Los autores vivos seleccionados —treinta y dos en total en un primer momento, depurados al final a quince autores por los editores— han publicado al menos un libro de cuentos meritorio hasta la fecha y, por su esforzada de-dicación a la escritura, merecen ser más conocidos y, por supuesto, estudiados. Sobre todo en colegios y universida-des. En este sentido, el conjunto de su obra literaria es, a mi juicio, un aporte valioso a la bibliografía nacional.

La muestra aleatoria de los cuentos breves que inte-gran este libro procura ser una vitrina de la calidad y va-riedad temática y estilística del cuento escrito en Panamá entre 2003 y 2017. Si bien en nuestro país existe una in-teresaante producción de cuentos que, por su relativa com-plejidad y afán de experimentación formal, suma nuevas

vetas a la producción narrativa, los textos aquí escogidos para su lectura (básicamente por parte de estudiantes de secundaria en colegios públicos y privados), podría decirse que tienden a seguir lineamientos más bien tradicionales en cuanto a su concepción y desarrollo expresivo, lo cual no les resta un ápice de valor literario y humano. Además, por la naturaleza didáctica de este libro, y para poder darle cabida a un mayor número de autores, escogí cuentos más bien breves, si bien hay algunos extensos.

Este libro se titula *En plena forma* porque la singular calidad de los cuentos escogidos denota que sus autores están todos muy bien ejercitados en su oficio escritural. Los cuentos siguen un orden cronológico, de acuerdo con las fechas de nacimiento de sus creadores, de mayor a menor edad: desde Lupita Quirós Athanasiadis (1950) hasta Shantal Murillo (1990). Hay en total seis mujeres y nueve hombres en esta antología. De cada creador se ofrece, además, una ficha biobibliográfica.

Una de las características del actual cuento panameño es su absoluta libertad creativa y de abordaje de temas y técnicas narrativas⁴. Hace mucho tiempo desaparecieron las llamadas “escuelas” o movimientos literarios propios de determinadas tendencias estéticas o filosóficas, sobre todo en el cuento, no solo en Panamá sino en todo el mundo. Si bien ha habido desde hace algún tiempo un auge de novelas históricas, así como de la llamada “novela negra” (detectivesca), la generalidad de las buenas obras literarias del presente —y sobre todo de los cuentos que se escriben y publican— tiende a ser consecuente

más bien con la creatividad intuitiva individual y con un claro deseo insoslayable de autenticidad. Así, los cuentos que en las últimas décadas escriben en Panamá numerosos autores de reconocida trayectoria, y también muchos nuevos creadores, son bastante diversos entre sí, cada cual con características propias.

La presente antología busca ofrecer cuentos de calidad, representativos de la producción cuentística panameña. En este caso particular, procuran considerarse como variados y aptos para ser degustados en los últimos años de nuestras escuelas secundarias. Cubren un amplio espectro de temas y estilos literarios y sus autores, hombres y mujeres de diversas edades, vienen de diversos grados de experiencia y dedicación a las letras.

Las normas que uno impone a una antología de alguna manera son arbitrarias; obedecen a criterios del antólogo y de la editorial que habrá de publicarla, y por supuesto deben apoyarse en criterios razonables y sostenibles. *En plena forma* solo incluye a autores vivos que publicaron su primer libro de cuentos a partir de 2003⁵. Como suele ocurrir, sin duda, no están todos los que son (buenos cuentistas panameños); diversas razones hay para ello: ciertos autores no cumplían con los parámetros diseñados para esta selección (ser cuentos aptos para ser leídos en la secundaria, cumplir con el año de publicación de un primer libro de cuentos, haber dado a tiempo el permiso de reproducción solicitado); o simplemente el antólogo, a cuyo gusto obedece inevitablemente siempre toda selección por más objetivo que se pretenda ser, no encontró en la obra

de ciertos cuentistas los requisitos o exigencias personales exigidos por su experiencia lectora y escritural.

Los estudiantes, al igual que cualquier lector sensible, hallarán en esta muestra de ficción narrativa breve múltiples fuentes de emoción y razonamiento, facultades humanas que la buena literatura sabe recrear admirablemente. Así, tanto la experiencia individual como la colectiva, a la par de diversas instancias de la realidad y de la imaginación, están muy bien representadas y “en plena forma” en esta exigente selección de cuentos y cuentistas panameños. Doy fe de ello.

Espero que el gusto de los lectores al leer *En plena forma (Cuentos selectos panameños: 2003-2017)* coincida, en este caso particular, con el mío. Y que esta antología cumpla una función no solo didáctica sino también de genuino reconocimiento al talento estético y humano de los escritores aquí congregados.

Enrique Jaramillo Levi
Panamá, diciembre de 2016

Notas

¹ Véanse mis libros de ensayos *La mirada en el espejo: el arte de la creación literaria: visión del mundo, razón de vida*. Universidad Santa María La Antigua, Panamá, 1998; *Por obra y gracia. Hacia una poética del cuento*. UTP, Panamá, 2008; *Esa fascinante magia de escribir*. Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2014 y *Palabra de escritor*, Panamá, 2016.

² Véanse mis antologías *Hasta el sol de mañana. 50 cuentistas panameños nacidos a partir de 1949*. Fundación Cultural Signos, Panamá, 1998; *Panamá cuenta. Cuentistas del centenario (1851-2003)*. Editorial Norma, Panamá, 2003; *Sueño compartido (Compilación histórica de cuentista panameños: 1882-2004)*. Tomos I y II. Universal Books, Panamá, 2005; *Tiempo al tiempo (Nuevos cuentistas de Panamá 1990-2012)*. UTP, Panamá, 2012; *Los recién llegados. 54 cuentistas inéditos cuentan en Panamá: antología*. Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013. Se puede encontrar información útil sobre algunos de estos autores visitando la red del “Directorio de Escritores Vivos de Panamá” de la UTP.

³ Otras antologías útiles en torno al cuento panameño son: Rodrigo Miró, *El cuento en Panamá*, Panamá, 1950; Franz García de Paredes, *Panamá: cuentos escogidos*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1998.

⁴ Sobre técnicas narrativas, véanse mis libros de ensayos: *Por obra y gracia. Hacia una poética del cuento*. UTP, Panamá, 2008 y *Palabra de escritor*, Panamá, 2016.

⁵ Algunos autores vivos que publicaron su primer libro de cuentos antes de 2003, razón por lo que no han sido considerados para esta antología, son: Justo Arroyo, Enrique Chuez, Moravia Ochoa López, Ernesto Endara, Pedro Rivera, Enrique Jaramillo Levi, Griselda López, Eustorgio Chong Ruiz, Rosa María Britton, Rey Barría, Claudio de Castro, Ariel Barría Alvarado, Giovanna Benedetti, Melanie Taylor Herrera, Carlos O. Wynter Melo, Félix Armando Quirós Tejeira, Allen Patiño, Rogelio Guerra Ávila, Francisco J. Berguido, Benjamín Ramón, Amparo Márquez (Delia Cortés), Isis Tejeira, Maura Zúñiga Araúz, Jorge Thomas (Juan David Morgan), Roberto Pérez-Franco, José Luis Rodríguez Pittí, David C. Róbinson O., Pedro Luis Prados P., Bolívar R. Aparicio G., Leadimiro González, Aida Judith González Castrellón, Yolanda Hackshaw, Consuelo Tomás F., Edgar Soberón Torchia, Juan A. Gómez, Rafael Ruiloba. La mayoría desconocidos por las nuevas generaciones de lectores.

“Lo maravilloso del ser humano es que se ha hecho a sí mismo, lo ha inventado todo”.

*José Saramago, Premio Nobel de Literatura 1998
(Portugal, 1922-España, 2010).*

EL CASO DEL ASESINO DEL ASCENSOR

Lupita Quirós Athanasiadis

Una tarde de otoño en Nueva York el detective Fajardo salió del consultorio de su médico, guareciéndose de la lluvia con un periódico. Cruzó la calle empapada, entró rápidamente en el primer bar y pidió un Jack Daniels, su bebida favorita. Jugaba con los cubitos de hielo mientras pensaba que esa era la mejor manera de pasar un atardecer lluvioso y que ya no regresaría a la oficina. De todas maneras —pensó— ya eran más de las cinco y, como no lograba esclarecer las causas del asesinato, se sentía disgustado e inepto. Eso por un lado y, por otro, estaba el asunto de su enfermedad y las obligatorias visitas al doctor porque necesitaba que le administraran tiamina por vía intravenosa debido al síndrome de Wernicke-Korsakoff que padecía. Aunque el galeno había sido muy claro cuando le dijo que si no dejaba el alcohol nunca se curaría, sonrió con desánimo y pidió otro trago al *bartender*. La pena que traía dentro había que adormecerla mientras estaba despierto porque, para dormir, ya había encontrado remedio en los tranquilizantes. Su familia había muerto en un accidente de tránsito tres

años antes y no conseguía olvidar los rostros sangrantes de su esposa y de su pequeña hija de tan solo siete años.

Después del cuarto bourbon y ya con sus amargos recuerdos un poco disipados, buscó en sus bolsillos las llaves del auto, pero recordó al instante que ese día no lo había sacado del estacionamiento. Un olvido como aquel le pasaba a millones de personas todos los días y nadie le daba importancia; sin embargo, la amnesia que le ocurría ocasionalmente al detective Fajardo se había vuelto un proceso crónico y los episodios de falta de memoria podían durar horas. Lo que acontecía durante los mismos lo olvidaba completamente. Por esta razón se inventaba las cosas que había hecho, incapaz de asumir que no podía recordarlas.

20

Tomó su sombrero, salió del bar y, con las manos metidas dentro del gabán, caminó cuatro cuadras hasta su apartamento, tratando de concentrarse en el caso que lo ocupaba. Se trataba de un fiscal de distrito de cuarenta y cinco años al que habían degollado dentro del elevador del edificio donde residía. Una señora gorda que regresaba de pasear a un perrito fue quien, dando gritos y al borde de un desmayo, alertó a los conserjes del hallazgo. La policía encontró al infortunado con un gran tajo en el cuello. Yacía boca arriba con los ojos abiertos. Manchas difuminadas de sangre pintaban las paredes del ascensor, delatando un forcejeo; sin embargo, no pudieron encontrarse huellas del victimario, evidencia alguna de ADN ni tampoco el arma homicida.

A Fajardo le asignaron el caso cuatro semanas después del asesinato, agotadas ya las más inminentes

investigaciones. Era conocido por su sagacidad para encontrar a los criminales cuando ya los demás no hallaban solución. Podría decirse que sentía fascinación por el llamado “crimen perfecto”.

Se habían descartado uno a uno todos los posibles sospechosos: empezando por aquellos a quienes el fiscal había enviado a la cárcel. De estos, diez continuaban en ella, dos habían muerto y otro yacía tetrapléjico en una clínica de rehabilitación. El informe señalaba que también se había descartado la posibilidad de un crimen pasional, cuando quedó claro que no había sustentación para ello. Ninguno de los interrogatorios que se efectuaron llevaba a un indicio certero.

21

Cuando el detective Fajardo llegó a su apartamento, se prometió a sí mismo visitar a la viuda porque, aunque había leído las respuestas a todas las preguntas que se le formularon al principio de la investigación, él no la conocía, por lo cual pensó que tal vez, después de la conmoción de los días próximos al asesinato del esposo, ella podría recordar algo que le ofreciera una pista en donde volver a olfatear.

Al día siguiente hizo una cita con la esposa del difunto. Se encontrarían en un parque después de que ella recogiera a su pequeña hija a la salida del colegio; “a las dos de la tarde” —había dicho la viuda—, y hacia allá se dirigía ahora. Por unos minutos se distrajo recordando cuando, junto a su familia, paseaba por los parques. Trajo a su mente las imágenes de la hija columpiándose y hasta podía oír su risa infantil. ¡Qué dolorosos podían ser los

recuerdos! Se sorprendió enjugándose una lágrima en el puño de su camisa y decidió relegar esas evocaciones.

La distinguió en el lugar convenido. Estaba sentada leyendo bajo las ramas desnudas de un cedro, sus pies enmarcados por una alfombra de hojas castañas. Ella alzó la vista, lo vio acercarse y justo en el momento en que sus miradas se encontraron, él sintió una perturbación profunda.

—Buenas tardes —dijo ella ante la repentina mudez del hombre.

—Buenas —dijo él.

—Me parece que nos conocemos, ¿no es así?

—¡Hola! —dijo una niña que se acercaba trotando—. Mami, este señor fue el que me regaló una flor en el supermercado, ¿te acuerdas?

—¡Oh sí!, claro —musitó la dama. ¡Qué casualidades tiene la vida! ¿Verdad? Por cierto, le debo mil disculpas. Mi esposo malinterpretó sus intenciones y por ello le reprimió. Lo siento.

Una miríada de flashes motivados por los enlaces de sus neuronas se encendió en la mente del detective. Estos le llegaban en forma de imágenes difusas. Primero se veía entregando una flor blanca a la niña para luego ser agredido por el furioso padre. En otra, se percibía confundido, porque pensaba que la mujer y la hija eran las suyas y que otro hombre se las quería arrebatarse...

A pesar de la agitación que sentía por dentro logró decir:

—Disculpe, acabo de recordar algo urgente, debo ausentarme, pero la llamaré en los próximos días.